

V. LA CONDICIÓN DE ALTÍSIMO Y LA SOMBRA

Sumario

Altísimo, ¿hasta dónde?, ¿desde dónde? – Los montes y sus riesgos.- La encarnación como paradoja de un Dios que te protege de Dios mismo.

Altísimo, ¿hasta dónde?, ¿desde dónde?

Pues bien, lo que Gabriel dijo a María es que iba a concebir un hijo en esos momentos –cuando se le apareció- y que ese hijo ^{Lc 1,32}sería llamado hijo de[l] altísimo (“huìòs hýpsistou”), *que Dios señor le daría el trono de su padre David, ³³*que reinaría sobre la casa de Jacob por los siglos y que, de su reino, no habría fin.**

En cuanto al modo, ^{Lc 1,35}*que descendería sobre ella santo espíritu* (“pneúma”) y *el poder del altísimo la sombrearía* (“èpiskiásei”), *por lo cual* –si se me permite traducirlo literalmente, aun a costa de que resulte una frase forzada (demasiado forzada)- *lo santo que era siendo engendrado sería llamado hijo de Dios* (“huìòs theoū”).

Lo de *sombrearla* requerirá una explicación que -lo adelanto- viene forzada, en realidad, por el hecho de que los hispanos no contemos con una palabra que traduzca fielmente *èpiskiásei*. Pero, si empezamos por el principio –por la primera frase- y nos fijamos en que, en el mensaje que transmitió a María –el de su inmediato embarazo-, Gabriel lo relacionó nada menos que con el que se halla *altísimo*, llegaremos quizás a comprender mejor lo de la sombra. El que se halla *altísimo* es, obviamente, alguien que, a pesar de esa situación –*altísima*- es capaz de llegar hasta aquella jovencísima virgen que vivía –a lo que parece- en una habitación de las que los arqueólogos que entonces no existían llamarían mucho después *trogodíticas*: excavadas, en parte, en la pared de una roca y cerradas con un añadido de adobe (cuando no había piedra). Era una forma de vivienda que estaba muy extendida en todo el entorno mediterráneo y que perduraría tantos siglos, que incluso este narrador ha entrado en más de una, aunque –por suerte- no ha tenido que vivir en ningunaⁱ.

ⁱ Un ejemplo entre tantos, pero del otro extremo del Mediterráneo, en Jesús Carballo, *Una ciudad troglodítica: Una caverna con pinturas*, Madrid, Gráficas Reunidas, s.d., 6 págs. En realidad es tirada aparte de la revista *Minería y Metalurgia*. Una pionera incardinación de las viviendas troglodíticas en la historia del urbanismo, en la obra clásica de Ildefonso Cerdá, *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, Madrid, s.i., 1867, 2 volúmenes. Hay facsímil con introd. de Antonio Barrera de Irimo y selección del anexo documental y bibliografía de Fabián Estapé, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1968, 3 volúmenes. La referencia al trogloditismo artificial, en t. I, 80-81.

En relación con la vivienda concreta de que hablamos y su singularísima singladura histórica, siguen siendo reveladoras obras como las de José Calasanz Vives y Tutó, *Verdad de las traslaciones de la Santa Casa de Loreto, probada por la tradición*, Barcelona, Tipografía Católica, 1889, 172 págs., y Francisco Lorenzo María de Rojas de Mollina, *Historia de las traslaciones milagrosas de la Santa Casa de Nazaret en Loreto, portentos de Monte-Alverna y mi viaje a Tierra Santa*, 3ª ed. corr. y aum., Barcelona, Impr. de la Casa Provincial de Caridad, 1897. Una descripción de la evolución histórica de su conservación y engalanamiento, en Floriano Grimaldi, *Loreto: Basilica, Santa Casa*, Bolonia, Calderini, 1975, 170 págs. También, Giuseppe Santarelli, *La Santa Casa di Loreto: Un'esperienza di fede e di arte attraverso i secoli*, Milán, Mondadori, 1999, 179 págs. Un ejemplo de las polémicas a que esa singularísima historia

Que Dios está *altísimo* hasta el extremo de que lo mejor es llamarle *Altísimo*, como nombre propio, lo habían expresado los redactores hebreos de la Biblia con la palabra 'ælyōn y, en el libro de Daniel, en arameo, con el superlativo absoluto 'illā'ā, alguna vez hebraizado como 'ælyōnīn. Y los LXX no dudaron en traducir literalmente esos términos, por *hýpsistos*, que era como los griegos solían llamar a Zeusⁱ. Es verdad que es el hebreo era una lengua mucho más pobre que la griega y que 'ælyōn se empleaba también para comparar y decir que algo era más o menos “alto” ('ælyōn) que lo de más allá y como el superlativo ordinario que nos lleva a afirmar de alguien o de algo que es “lo más alto” (también 'ælyōn) y, en sentido figurado “lo superior”, lo supremo. En realidad, la raíz 'lh, de la que procedía, quería decir “subir” y se trataba de una subida tan física que servía también para ascender a las montañas. Yhwh no *sube*, sin embargo, sino que *es* la altura mayor.

Otra cosa es que, cuando se aparece a los hombres, *retorne* a su morar y, para ello, *suba* (o no sepamos expresar de otro modo mejor el hecho de que, sin dejar de seguir inaccesible, se nos haga accesible, y eso –lo de que no sepamos expresarlo mejor- por la sencilla razón de que tendríamos que saber en qué consiste *trascendernos*; concepto ajeno a los hebreos de los días bíblicos... y de la mayoría de la gente de Dios en todos los tiempos). En puridad, habría que contar con palabras para expresar que el que es *lo más alto* es capaz de dejarse ver y, por lo mismo, de dejar de dejarse ver, sin que por eso cese de hallarse en *lo más alto*, incluso en ese ínterin en que se me deja ver de algún modo.

De ahí que, desde mucho antes de que se escribiera la Biblia, partieran aquellas gentes del supuesto de que Dios está, simplemente, en *el cielo* (“šāmáyim” en hebreo) pero que pretendiesen –a duras penas- dar a esa situación cierto sentido trascendente, que no es sencillo de explicar. Más bien, se llega a él por la vía de recordar que entendían –los hebreos y todos los pueblos listos de aquel tiempo- el cielo (físico) como *firmamento* (“rāqīā”), y el firmamento, como *bóveda* (“^aggudā”).

Claro que todo eso –la bóveda celeste y el firmamento- es físico porque el propio cielo lo es: según la Biblia, *šāmáyim* tiene *puertas* y se apoya en *columnas* y, por lo tanto, es también físico y –lo más importante- ha sido creado igual que todo lo demás y, encima, tiene los días contados, si se cumple lo que anunció Isaías: que tiene Dios el propósito de ^{Is 65,17} *crear cielos nuevos y tierra nueva* y que *no sean recordadas las primeras cosas que hubo*, sino que sean ^{66,22} *los nuevos cielos y la nueva tierra* los que *haga él mismo que permanezcan ante él, dicho de Yhwh*.

ha dado lugar, en Ilario Rinieri, *La Santa Casa di Loreto: Confutazione del libro “Notre Dame de Loret: Étude historique...”*, Ulysse Chevalier, Turín, s.i., 1910. En otro orden de cosas, Braulio Manzano Martín, *Hallazgos arqueológicos últimos en Roma y Nazaret: El nombre de María íntegro*, Zaragoza, Talleres Gráficos La Editorial, 1979, 7 págs. Un estado de la cuestión previo, en Emmanuele Testa: *Nazaret giudeo-cristiana: Riti, iscrizioni, simboli*, Jerusalén, Studium Biblicum Franciscanum, 145 págs. Una reflexión de carácter propiamente espiritual, Michel Gasnier, *María en Nazaret*, San Sebastián, Dinor, 1959, 214 págs.

ⁱ Vid. G. Lüdemann, “ὕψιστος”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 1909. Sobre lo que sigue, G. Wehmeier, “עלה...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 350-373, en especial desde la 362; J.A. Soggin, “שמים...”, *ibidem*, II, 1.209-1.214.

No me digan que eso equivale a reducir la Biblia a expresión *literal*. Bien pensado, claro está que la Biblia no es sino una expresión literal. Pero nos entendemos: no es a eso a lo que se referirían si me dijeran lo que digo que no me digan. Lo que ahora es conveniente –para que nos entendamos del todo- es que no se confunda lo *literal* con lo *real*; todo lo literal es real (como realidad literal que es); de lo que se trata, creo, es de averiguar si, además (de ser realmente literal), es real de otros modos. Llevado a cabo ese ejercicio, podremos plantearnos, sin fantasmas por medio, si es que el relato bíblico –digo cada relato bíblico concreto, cada *literalidad* de la Biblia- es *real* y, sobre esa base, preguntarnos cómo es real, en qué consiste lo real que nos narra de ese modo.

Pondré un ejemplo que, en rigor, es una forma de continuar la reflexión donde la hemos dejado. Si se dice de Dios que *está en los cielos*, ha de entenderse de tal forma que lo trascienda todo –sin excepción de realidad alguna-, como –quizás- quiso expresar el poeta bíblico que recordó que no sólo es ^{Dt 10,14}*Dios de los cielos*, sino incluso *de los cielos de los cielos* (“šē mē haššāmáyim”); ^{Sal 148,4}*cielos de los cielos y aguas que están sobre los cielos* que no deben sino *alabarle* –como todas las demás creaturas-, ⁵*pues él mandó y fueron creados*.

^{Neh 9,6}Tú eres Yhwh; tú solo hiciste los cielos, los cielos de los cielos y todo su ejército, la tierra y todo lo que [hay] en ella, los mares y todo lo que [hay] en ellos y tú vivificas; [por eso] todos ellos y el ejército de los cielos te adoran.

Cielos de los cielos de los que, por lo tanto, no se diría ya –en la frase de Nehemías- que son un mero superlativo que expresa, metafóricamente, infinitud, eterno más allá, lo puramente ilimitado, por eso inalcanzable, sino el *más allá de los cielos* donde mora *el ejército* que es, por eso, *el ejército de los cielos*. (Y eso vuelve a evocar aquella pregunta sobre el modo en que los ángeles son ángeles.)

Porque, en todo caso, hasta esos *cielos de los cielos* donde mora *el ejército de los cielos* –más allá de los cielos- no son sino creaturas Dios y tampoco pueden, por tanto, *contenerle*. Lo comprendió tan bien Salomón que lo que dijo o lo que se pensó que debía decir se repitió hasta tres veces en los libros sagrados y advirtió Jeremías al recordar que ^{Jr 23,24}*Yhwh llena los cielos y la tierra*.

^{1Re 8,27}Ciertamente, ¿habitará Dios sobre la tierra? He aquí que los cielos y cielos de los cielos no pueden contenerte... ¿Cuánto menos este templo que yo he construido...?

Y como si se volviera Salomón hacia nosotros para decirnos

^{2Cr 2,5}¿quién será tan poderoso [como] para construirle [una] casa, dado que los cielos y los cielos de los cielos no lo pueden contener?

^{6,18}He aquí [que] los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener... ¿Cuánto menos la casa ésta que he construido...

A la postre, el de Dios debe ser un *estar* que consiste en *ser así*, de ese modo; porque, si no, siempre habrá que rebuscar en ese cielo del cielo y, luego, en el cielo del cielo del cielo hasta llegar –jamás- a Dios.

Bien entendido que no por eso estamos ante una metáfora –la de que *está en los cielos* o que *el ejército de los cielos* se halla en *los cielos de los cielos*, sino que, por lo pronto,

el de Dios es un trascender *real*, que, por eso –entre otras cosas-, se manifiesta en formas como *la nube* o *el fuego*, cuyas llamas suben al cielo (y, alguna vez, se deja ver Yhwh mismo como ángel que asciende con la llama, como ocurrió cuando Manoa le sacrificó aquel cabrito):

Jue 13,20 que, cuando el subir de la llama de sobre el altar a los cielos, subió [un] ángel de Yhwh con [la] llama del altar y lo veían Manoa y su mujer y cayeron sobre su rostro a tierra.

Esto es: se podría decir que Dios *es* –y, sólo porque *es*, está- *lo más alto* y, por ello, puede entenderse que *asciende de continuo* (amén de que se abaje, retorne y torne cuando lo tenga a bien); *asciende de continuo* en el sentido (real) de que su manera de ser y de poder no es estática, sino existencial, puramente activa: *sube y está* a la vez:

“Ps 47,3 Yhwh, altísimo, es temible; [es] gran rey sobre toda la tierra; [...] ⁶subió Dios entre gritos de júbilo; Yhwh, entre el sonido de corneta; [...] ⁹Dios se sienta en su trono santo.”

Por eso se le busca en las montañas y puede asegurarse que hubo un tiempo en que él mismo las prefirió (si es que no las prefiere aún). Sólo que eso es tanto como decir que no cabe concebir a Dios sino como creador.

Los montes y sus riesgos

No se me empiecen a inquietar. No digo ni por pienso que Dios *tenga que ser* creador. Lo que quiero decir es que, si alguien se preguntara por la posible *necesidad* de que sea creador y adujera lo que se lee o se deduce de la Biblia, le respondería que eso no es ya reducir a lógica a Dios, sino a mera gramática y que, puestos a reducirlo, habrá que motejarlo –sólo para empezar- de alfarero, hortelano y cirujano. No puede entenderse de otra manera el relato del *Génesis*²⁻³ donde Yhwh hace gala de las maneras propias del alfarero, del hortelano y del cirujano para formar al primer hombre, prepararle un huerto y extraer, de su esqueleto, una costilla con la que formar a la primera mujer.

Y, sin embargo, no para en eso la cuestión de si lo es o no lo es. Lo que eso nos podría descubrir –acaso- es Dios quiere llegar a las mujeres y a los hombres y que ésa es la clave de los antropomorfismos que salpican la Biblia, sobre todo desde que Yhwh dijo a Moisés que le llamaran *Yhwh*. Eso dio –sin duda- lugar a una reflexión y, con ello –quizás-, a una reelaboración –acaso, una redacción propiamente dicha- de lo que luego fue la Biblia. Y esos reelaboradores *yhwistas* fueron tal vez quienes fijaron el relato del *Génesis*²⁻³ tal como nos ha llegadoⁱ.

Que uno no encuentre forma de hablar cabalmente de Dios sin hablar de lo que creó y eso lleve a sentir espasmos y temores de que se esboce la creencia en que Dios es creador *por necesidad*, me indigna de tal modo que no voy a detenerme un momento

ⁱ Un breve compendio de lo que se debe a la tradición yhwista en relación con nuestro asunto, en Domingo Muñoz León, *Palabra y gloria: Excursus en la Biblia y en la literatura intertestamentaria*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, “Excursus I: La tradición bíblica sobre la palabra y la gloria”, pág. 37-40.

siquiera en semejante tontería. Con perdón. ¿Cómo diantre va a concebir una creatura a Dios si no es como Dios creador (trascendental)? ¿Por analogía? O sea ¿por la vía de reducir a Dios a mí mismo pero en grado infinito, puesto que soy su imagen?

Lo más que puedo hacer es justamente lo contrario: (intentar) ponerme en el lugar de Dios como si no hubiera creado ni, por tanto, existiese yo mismo. Si hago eso (que no puedo hacer), me veo como lo vieron los escritores bíblicos: en una sola acción que es al tiempo permanecer *altísimo* y *ascender* sin cesar.

Pero, si es así, el ascender de Dios es su manera de ser y, por lo mismo, su permanente adueñamiento –activo, *in crescendo*- de todo lo que existe y que domina desde su ascenso, o sea desde lo *altísimo*. Y a los hombres no nos cabe otra cosa que intentar ascender hasta donde podamos llegar; un llegar que, no obstante, no se alcanza jamás, y eso porque carece él mismo de límite.

Es posible que esa justificación del “montañismo” de Yhwh sea excesivamente simple (amén de que no podemos decir que esté así explícita en la Biblia). Pero no lo parece tanto si se piensa que, de ese modo, nos debe quedar claro que se trata de un ascenso *real, histórico* (por lo menos en el sentido de que se trata de una injerencia de Dios en la vida humana). Sólo que, en ese caso, quizás haya que entenderlo al revés: que Dios, al crear todo lo creado, lo ha hecho *histórico* y, con ello, se ha hecho a sí mismo *histórico* sin dejar de ser *lo más alto* ni añadirse otra cosa a sí mismo que el *dejarse ver* o el de dejar constancia de que *está ahí*, en el Sinaí, en el Tabor, al cabo en el monte Sión, al alcance de todos.

El monte, por lo tanto, no es el lugar donde mora (y al que –podría decirse- se reduce), sino aquel en el que se hace perceptible, y eso porque son ^{Gn 7,19} *las montañas altas* las que están *bajo los cielos todos*, habrá que suponer que incluidos no sólo *los cielos*, ni *los cielos y los cielos de los cielos* de que hablábamos antes, sino ese infinito más allá que llamamos *cielo*, sin más, y es, en realidad, la manera de ser de Dios como el que *es ahí* –en *lo más alto*- y, como tal, está.

De hecho, se trata de una preferencia –la de las montañas- en la que Yhwh implicó desde el primer momento a los hombres (en un momento que decimos primero en función de lo que, al cabo, sucedió). Recuérdese que, cuando indicó a Abraham que le sacrificara nada menos que a su hijo, le ordenó que lo hiciera en tierra de Moriah, ^{Gn 22,2} *sobre una de las montañas que le diría*.

Y no dejen de lado todo lo que ocurrió en el Sinaí. En este caso, es cierto, la iniciativa la tomó Moisés, que ^{Ex 19,3} *subió al Dios*. Pero fue seguidamente Yhwh quien *le llamó desde la montaña* y le hizo saber lo que tenía que decir, de su parte, *a la casa de Jacob y a los hijos de Israel*:

^{Ex 19,4} Vosotros visteis lo que hice a Egipto y os tomé sobre alas de águilas y os traje a mí.

⁵Y, ahora, si obedecer obedecéis a mi voz y guardáis mi pacto y seréis para mí posesión de todos los pueblos, pues para mí [es] toda la tierra.

¹ Desde aquí, sigo especialmente de cerca de C. Westermann, “בבד *kbd...*”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, col. 1.110-1.111.

⁶Y vosotros seréis para mí santo reino de sacerdotes y nación.

Moisés cumplió con el recado; los israelíes aceptaron y subió aquél a comunicárselo a Yhwh, quien, como respuesta, le dijo que, ahora, vendría ^{Ex 19,7} *en nube espesa de modo que el pueblo le oyera en su hablar con él* (con Moisés) y así *confiarían en él* (en el propio Moisés) *para siempre*.

Fue en la montaña, por lo tanto, donde echó mano de una nube.

Pero también volvió a surgir el humo en aquella ocasión, con la particularidad de que, esta vez, no fue sólo que el fuego hecho en la tierra humeara y, con el humo, se viera ascender a Yhwh, sino que fue el descenso de Yhwh al Sinaí el que provocó la humareda: ^{Ex 19,18} *el monte Sinaí humeaba todo él; porque Yhwh descendió sobre él en el fuego, y ascendía humo como humo del horno, y tembló mucho todo el monte*.

No se trataba, desde luego, de un acercamiento tal, que pudiera inducir a los israelíes a dirigirse a Yhwh sin reconocerle su honra. Al revés, Yhwh empezó por poner límites (incluso físicos) a aquel acercamiento: literalmente, acotó el monte como *territorio sagrado* al que sólo podían tener acceso los que él mismo designara o aceptase como mediadores, y eso porque, de lo contrario, morirían. No porque –necesariamente– por dictase Dios pena de muerte, sino porque, de facto, morirían:

^{Ex 19,23}Y dijo Moisés a Yhwh: “No puede el pueblo subir a[l] monte de Sinaí; pues tú nos avisaste diciendo: ‘Delimita el monte y santifícalo’”.

E insistiría aún Dios mismo:

^{Ex 19,21}“Desciende; avisa al pueblo para que no traspasen para ver a Yhwh y caiga muchos de él.

²²Y también los sacerdotes –los que se acercan a Yhwh– se santificarán para que no haga estrago contra ellos Yhwh.”

Y enseguida:

^{Ex 19,24}Ve, desciende y haz subir tú y Aarón contigo, y los sacerdotes y el pueblo no traspasen para subir a Yhwh para que no haga estrago en ellos.

Yhwh ¿podía hacer esos estragos sin quererlo?

Cuando Moisés volvió a subir, acompañado ahora de Aarón, Nadb, Abihú y setenta ancianos,

^{Ex 24,10}vieron [al] Dios de Israel y, bajo sus pies, como suelo de piedra del zafiro, y como semejanza de los cielos en claridad.

En realidad, no vieron al Dios de Israel, si es que decían bien los *m^eturg^eman* cuando repetían la frase en arameo y cambiaban esas palabras –*Dios de Israel*– por *la gloria del morar de Yhwh*. Y no se veían sus pies, por lo tanto, sino *el escabel* de sus pies, que era el que parecía *suelo de piedra de zafiro*. Observemos cómo se expresa en la evolución de las primeras expresiones targúmica de ese estico del *Éxodo*:

Biblia hebrea	targum Neofiti	targum Jer I
Ex 24,10 Y vieron [al] Dios de Israel	Ex 24,10 Y vieron <i>la gloria del morar</i> ["škn"] de Yhwh	Ex 24,10 Y <i>levantaron Nadad y Abihú sus ojos y vieron la gloria del Dios de Israel.</i>

Yhwh le dijo entonces a Moisés que subiera a la montaña para que le diese ^{Ex 24,12}*tablas de la piedra y la ley y el mandamiento que había escrito para instruirlos.* Pero, cuando subió Moisés,

^{Ex 24,15} cubrió la nube la montaña y reposó [la] gloria de Yhwh [*k^ebōd Yhwh*] sobre [el] monte Sinaí y lo cubrió la nube seis días, y llamó a Moisés en el día séptimo de dentro de la nube,

¹⁶y [el] aspecto de [la] gloria de Yhwh [*k^ebōd Yhwh*] [era] como fuego consumidor encima del monte a ojos de los hijos de Israel,

¹⁷y entró Moisés en la nube y subió al monte y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.

^{25,1}Y habló Yhwh a Moisés diciendo: “Habla a hijos de Israel y tomen ofrenda para mí; de todo hombre que le mueva su corazón tomaréis mi ofrenda.”

También le dijo Dios que ^{Ex 25,8}*hicieran un santuario para él y que habitaría entre ellos*; pero los *m^eturg^eman* aclaraban –cuando se leía ese estico en la sinagoga- que lo que Yhwh indicó a Moisés realmente fue que ^{Ex 25,8}*hicieran un santuario a su nombre y que él haría que habitara entre ellos la gloria de su morar.*

Había sido en el Sinaí –se observaría mucho después- donde se habían unido por vez primera un lugar santo, un momento santo y un mediador santo.

La encarnación como paradoja de un Dios que te protege de Dios mismo

Lo principal ahora es que Yhwh no puso límite a la gente que hubiera querido verlo - cuando descendió al Sinaí- por celo de su rango, sino –me parece a mí- porque sabía que no podían verle. No podían en el sentido de que la percepción total de lo que, en realidad, carece de límites, no sólo *no cabe* en una mente humana, sino que, al no caber y, sin embargo, hacerse presente –perceptible- en su totalidad, la destruiría; mejor, la aniquilaría; dejaría de existir esa capacidad humana de conocer y, por ello, ese hombre.

Por eso no podemos mirar a Dios cara a cara.

Cabe pensar, por tanto, que decir de Dios que está *altísimo* no expresa propiamente una situación física (o, por lo menos, no la agota); digo una situación que consistiera en recluir a Dios en las montañas. Por cercanas a Dios que estén las cumbres, se ve que Dios se las arregla para, desde lo *altísimo*, proteger a los suyos –o sea a todos- y, a veces, lo pone de manifiesto valiéndose de la *nube* precisamente porque la nube, al hacer sombra a Dios –que es luz-, nos permite *verlo* –ver esa manifestación de su presencia y de su protección- sin que por eso hagamos lo que no podríamos resistir, que es verle *cara a cara*.

Si es así, nos podríamos preguntar si lo que Gabriel anunció a María –^{Lc 1,35} *que descendería sobre ella santo espíritu* (“pneúma”) y *el poder del altísimo la sombrearía* (“èpiskiásei”) y que el hijo que concebiría con ello ³²*sería llamado hijo de[l] altísimo*- no fue una fecundación paradójicamente *protectora*; esto es: si la unión de las dos acciones que Gabriel describió -el descenso del santo espíritu y la proyección de la sombra por parte del *altísimo*- no implican que lo que iba a llevar a cabo el espíritu santo en su seno –engendrar al que sería llamado *hijo del altísimo* precisamente- era incomprendible –en su totalidad- para ella misma y, de eso –de esa manifestación ilimitadamente inteligible y, por lo tanto, inabarcable de Dios- había de proteger el propio Dios a la virgen María como había protegido a aquellos otros hebreos en el Sinaí, con la sombra de la nube que se interpuso entre ellos y Yhwh.

Sólo que, en este caso, Yhwh no dejó que se interpusiera una nube, sino que su propio *poder* (“dýnamis”) fue lo que *sombreó*, dio sombra, cubrió de sombra a la Virgen. Bien entendido que, en este último caso, la palabra *sombra* no tiene un significado fuerte: no induce, de primeras, a pensar en que *la sombra de Dios* debe ser algo sustantivo por sí mismo, sino tan sólo que se interpone un cuerpo opaco entre la luz y la persona o la cosa que, por eso, queda *sombreadas, a la sombra*. Y, cuando no interpone un cuerpo opaco –como hace con la nube-, hace uso de su propio *poder* (“dýnamis”).

Claro que eso le lleva a uno a preguntarse cómo es que ejerce el poder aquel que está *altísimo* y lo ejerce para *dar sombra* al mismo tiempo en que *desciende su espíritu* sobre ella.

Y no son cábalas inútiles: *los LXX* recurrieron al verbo que aparece en el texto de san Lucas – *èpiskiázō*ⁱ- para traducir el hebreo *škn*, que –como primera aproximación- podemos traducir nosotros por “posarse”, pero que se concreta en un cuerpo opaco, las más de las veces, la *nube* que, en algunos momentos de la historia de los judíos, se les había presentado a la vista como manifestación realmente física de que Dios estaba con ellos. Fue lo que sucedió cuando, en pleno *Éxodo*, Yhwh ordenó a Moisés que montaran la que había de ser *tienda de reunión* y *tabernáculo* donde se encontrara con él. Recuerden que, en efecto, la petición de Yhwh a Moisés en el Sinaí incluyó un *tabernáculo* y habló –explícitamente- de una *tienda*: la ^{Ex 29,42}*tienda de reunión ante Yhwh*.

^{Ex 29,42}Holocausto continuo por vuestras generaciones, puerta de tienda de reunión ante Yhwh donde me reuniré a vosotros allí, para hablarte allí.

⁴³Y me reuniré allí con hijos de Israel y será santificado con mi gloria [*kābōd*].

ⁱ Lo que sigue sobre este verbo, en G. Schneider, “ἐπισκιάζω”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, cit. *supra*, I, 1523-1524, salvo la última salvedad sobre la falta de un cuerpo opaco en el caso de María. En cuanto a la traducción *sombrear* no sólo puede resultar cacofónica, sino que no es tan expresiva como el verbo griego. Lo que ocurre es que no tiene equivalente en la lengua de los hispanos (o no he sabido encontrarlo ni con la ayuda de María Moliner, *Diccionario del uso del español*, t. H-Z, reimpr., Madrid, Editorial Gredos, 1983, voz “sombra”).

Era un momento capital porque se daba un paso capital en la historia. Nunca hasta entonces se había revelado la *k^ebōd Yhwh* como *expresión*, palabra, con la que Yhwh se dirige al pueblo. La gloria de Yhwh se expresa, o sea que se hace palabra.

Una vez ^{Ex 40,33} *terminada la obra*, ³⁴ *la nube cubrió la tienda de reunión*, y la gloria de Yhwh llenó el tabernáculo ³⁵ y no podía Moisés entrar a la tienda de reunión porque posaba (“škn”) sobre él la nube, y la gloria de Yhwh llenaba el tabernáculo ³⁶ y, en adelante, sólo cuando *la nube se elevaba de encima del tabernáculo*, reanudaban la marcha los hijos de Israel en todos sus viajes ³⁷ y, si la nube no ascendía, no partían hasta el día en que ascendía.

La *tienda de reunión ante Yhwh* sería el lugar del culto (que, claro está, se desplazó, como tienda que era de un pueblo fugitivo) y, en más de una ocasión, se repitió el mismo proceso que se diera en el Sinaí: instalada la tienda de reunión, aparecía la *k^ebōd Yhwh* (la “gloria de Yhwh”), la palabra de Yhwh era oída por Moisés, se la transmitía a los demás y, entonces, actuaba Yhwh. La *gloria*, eso sí, *se veía* (no sé cómo).

En este caso –el de María-, *èpiskiázo* no concierne sin embargo a “posarse”, sino a poner en la sombra, y eso a la vez en que el *espíritu* descendía –precisamente *descendía*, iba (acaso) a *posarse*- sobre ella.

Tendré que preguntarme qué es el *espíritu santo*. Dicho con una modestia más ajustada a lo que puedo responder (con imaginación y mucha suerte), ¿qué podía entender María, en aquellos momentos, por *espíritu santo*?